

*Genio y Figura de Rubén Darío*, de ROBERTO LEDESMA. 1964, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Biblioteca de América. Colección "Genio y Figura"

La bibliografía crítica rubeniana se verá sin duda notablemente aumentada este año 1966 en que se conmemoran los cincuenta años del fallecimiento del "indio divino" que llamara Ortega, el 7 de febrero de 1916. La revista *Atenea* dedicará un número entero a su memoria con colaboración de dariístas tan excelentes como Federico de Onís, Silva Castro, hispanoamericanistas italianos, etc. La Universidad de Chile anuncia un ciclo completo de conferencias que también serán publicadas. La revista *La Torre*, de Puerto Rico, pondrá en circulación su número de homenaje en el que aparecerán, entre muchos otros ensayos de interés, el firmado por Juan Loveluck y que estudia la relación guerrero amistosa Darío-Groussac en *La Biblioteca*. Y así, muchas serán las revistas especializadas de América y España que se preocupen por recorrer las ricas vetas que la inmensa obra de Darío aún tiene inexploradas. Como se incrementarán, seguramente, las reediciones de sus obras, las selecciones comentadas, las ediciones críticas y las antologías —o las *antojologías*, como gusta llamarlas Miguel Angel Asturias, autor de la última de las selecciones de verso y prosa de Darío que conocemos, la de "Eudeba", notable en la presentación de la poesía mítico mestiza dariana.

Si bien es cierto que este año —y el próximo, que es el de los cien de su nacimiento—, será cuando más ostensible se haga la preocupación por la obra del autor de *Los Raros*, no puede dejar de reconocerse que esto es una constante de la crítica hispanística: como un ejemplo logrado que-remos recomendar el llevado a cabo por el poeta, novelista y ensayista argentino Roberto Ledesma.

Este estudio y compilación de prosa y verso lo publica la Editorial Universitaria de Buenos Aires en el primero de sus títulos de la colección "Genio y Figura", en la que han aparecido ya los dedicados a Neruda, Gabriela Mistral, Borges, Alfonsina Storni, Lucio Mansilla y Payró. Cada volumen es un muestrario iconográfico de primer orden —el de Neruda, por ejemplo—, y una buena selección ordenada de la producción del autor, algunas con textos inéditos, precedida de un estudio biográfico-crítico firmado por ensayistas de real figuración: el de Gabriela Mistral lo hace Fernando Alegría; el de Neruda, Margarita Aguirre. Labor encomiable y sumamente útil esta de la Editorial Eudeba de dar a conocer a los clásicos actuales de América, los reconocidos y los que llegarán a serlo algún día de manera indiscutible. Se ha sabido pedir la colaboración de los críticos más eminentes y el cuidado tipográfico es grande. Obras que no sólo sirven para satisfacer la necesidad ineludible de nuestra época de la especialización, sino también a la no menos imprescindible de la divulgación de valores entre el grueso público interesado, más de lo que comúnmente se cree, por obtener información fidedigna y auxiliar certero en sus intentos de comprensión de las grandes creaciones.

En el caso del volumen que anotamos, Ledesma se nos revela como fiel cumplidor de los propósitos de la colección. Su estudio se ubica en una definida línea crítica, aquella que podemos reconocer en el título de un ensayo de Torres Rioseco: el crítico chileno, con justa razón, ha podido hablar de una actual "revaluación de Rubén Darío" en su *Panorama de la Literatura Iberoamericana*, de 1964. Son muchos los ensayistas que están, hoy en día, después de los magistrales estudios de Salinas y de Marasso, preocupados de sopesar la calidad universalista de Rubén y su valor como gran poeta de América. La historiografía literaria puede constatar hasta qué punto la generación de 1920 vio en Darío sólo el poeta amante de los frisos griegos, los cuadros cortesanos de Watteau, la artificialidad ajena a la vida y a la entraña americana. Pudo así pensarse que su lírica era evasiva, sin considerar, como lo ha destacado Ricardo Gullón en *Direcciones del Modernismo*, que la evasión era, precisamente un modo de compromiso, por cuanto implicaba un rechazo del orden establecido.

Ledesma sabe valorizar en su estudio no sólo la producción más conocida —más difundida— de Darío, la preciosista parnasiano-simbolista, aquella en que predomina el brillo externo por sobre la vibración vital; también destaca, con juicio crítico loable, otras facetas menos apreciadas —por ignoradas— de la obra rubeniana.

El poeta social y hasta político nos da "Salutación de Optimista", "A Roosevelt" y "La gran Cosmópolis (Meditaciones de la Madrugada)"; el hombre angustiado por la problemática existencial nos estremece con poemas como "Lo fatal" y nos abrumba con "la miseria por la lucha de lo finito"; el creyente de los últimos años anatémiza a Palas y clama por Dios en su poema "Pax". Las facetas son múltiples en este poeta y todas merecen un enfoque por parte de Ledesma.

El ensayista va recorriendo paso a paso el gradual "proceso de la conquista de la propia expresión" de Darío y, estrechamente enlazado con ello, hace la presentación de "un conjunto de rasgos que componen una semblanza viva del poeta". Contra el sistema *ad usum*, parte de uno de los textos finales el poeta, "Lo fatal", en que el crítico ve un resumen de la experiencia de su madurez: "versos que, como forma, se acercan todo lo que es posible a un grito lacerante, y, como pensamiento, enumera los problemas que la mente filosófica ha planteado con todas las angustias físicas y metafísicas del hombre" (p. 11). Teniendo ese punto final de Darío como partida, Ledesma nos va revelando, con inteligencia penetrante y aclaradora, todo el trayecto recorrido por el poeta para cumplirla. Vemos así la evolución estética —¡no etapas!— y la multiplicidad de su problemática espiritual.

No queremos en una simple nota sobre el libro resumir lo que él nos proporciona. Basta haber indicado alguno de sus méritos y dejarlo así recomendado a quienes siguen interesándose por Rubén Darío, "poeta universal y de todos los tiempos".

MARCELO CODDOU P.